

## Relato aparente (XXVI)

**Gastón Fernández.**

“Durante toda la noche”.

Y sin embargo la totalidad de la noche no se afirma cierta, no se afirma ni siquiera pensada, completamente alejada como está de una elaboración posible en la noche. El término de la noche se pone a empezar, y su término es de pronto impropio, la noche no se extenderá en consecuencia como un manto sobre el caparazón del hombre, ni ha caído, en la noche, como cuando se dice que la noche cae como un manto protector sobre la preocupación de los hombres. La ligazón atómica que podría tener con el día requeriría para ello que la muerte fuera ese pensamiento de la muerte, situado en el centro justo, cual un signo en la arena. (La muerte no es como la estupidez, o como la creación, una cualidad — la cualidad no es como la muerte una cualidad indecible de emplazamiento, aun cuando la muerte no es la entrada propiamente dicha de un viajero en un albergue, ni atalaya que mira, que tantea, que agarra, que afirma. El término, que pugna por entrometerse en la noche con el objeto de darle forma final, se instala como proyecto atrás, otra vez, y es allí el malentendido, el único silencio que calla; igual que si los cuatro que juegan alrededor de la mesa, íntimos en una noche dicha, estuvieran convencidos de ver la noche en la noche, y en la simple mesa de juego una mesa de juego

promoviéndolos a la calidad de individuos, o en rigor: protegiéndolos de la noche; convencidos de que el fenómeno nocturno es su propiedad, la de un grupo, y la de un grupo momentáneamente compacto. Berta, por ejemplo, no mira a su hombre desde la noche, la cual no llega a los ojos de aquel que fija a su hembra ensimismado en el juego y en el deseo de Berta, quien mira desde un lugar ni real, ni nocturno, ni femenino; y de qué extranjería. Y nada, en el instante en que el Rolo trata de fijar el rayo de sostén negro que fulge en el pecho de Berta, nada esclarece el sentido del color, ni explica por qué Berta el negro, y por qué es imposible que el Rolo se sienta atravesar una impresión desmedida). El Rolo además, de otro lado, por otro lado, perdido en la tangente del juego mirando en el resplandor de un color sin objeto la razón del objeto que es esa mujer, no vivió la totalidad de la existencia de ese instante en la presencia estrecha de los otros tres. La muerte, la única serenidad que se calla en las manos de un jugador y en la instantaneidad de un par de manos y de un ojo móvil, hubiera podido ser señalada en un tic del cuerpo del Rolo antes de ser llamado por el sostén de Berta, que fue definido por un color, por una reminiscencia, por otra cosa que el pecho. Hubiera podido ser señalada por la imposibilidad o por la simple posibilidad del Rolo de ubicarse al lado de los otros íntimos, Lucio a su izquierda, Piedra a la derecha, en el momento de percibir un color, cuando extraviado en el fragor del juego y en una resonancia hueca, la del sostén de una hembra delante de él, el Rolo no pareció vivir la totalidad de la existencia de ese segundo en la presencia cerrada de un grupo: Berta, el Rolo, Lucio, Piedra, en la humareda de una mesa repleta de un aura, iluminada fuertemente por una bombilla. De pronto el Rolo ocultó la voz de los demás, obedeciendo a un impulso cuando sus ojos hicieron el gesto opuesto al que deseaban hacer sus manos y miraron a Lucio dos veces, luego a Berta, como si hubiese temido dar obligadamente a su cuerpo alguna explicación. Gesto fuera de lugar: tal vez la mesa era demasiado estrecha para la comodidad, el cielo raso demasiado bajo —en realidad, un techo indeterminado, en la limpieza exterior de la noche, por la luz interior de una claridad amarilla intensa, inerte, y próxima a la oscuridad. Las manos del Rolo, tor-

pes, se quedaron en el deseo de moverse, dirigieron su mirada a Lucio que se dirigía en aquel instante a Berta y su voz acentuó la alegría de la reunión saliendo no de la noche: emergiendo de la oscuridad de la voluntad de un hombre a través de dos manos reemplazadas por una mirada. Página perdida en una lectura. Distracción imperdonable de un jugador. Descalabro original y final que dio lugar a la oportunidad, justa, y a la coherencia de un cuerpo que se ponía a decir casi fuera de sí a sus amigos riendo y golpeando la mesa: "La noche es nuestra".

*"Discutieron durante toda la noche sobre armas de fuego. Una pasión común".*

Sin decirse que la noche no es ese espacio unívoco, no ese espacio universal situado adonde, dividido correctamente en cuatro. Sin poder imaginarle manos, vientre, sin poder imaginarle planicies, dimensión, cimas de Epidauro: una bombilla violenta, rancia, bastó con una sola medida y de una vez por todas para sensibilizarla e inmovilizarla en una alegría tenaz: elaborada en algo que ninguno de los cuatro hubiera podido definir, menos aún describir en la creencia afanosa de la noche: una irresistible, aparatosa y muda repetición infinita del tiempo. En el fondo la noche se confundió, dentro de un cuarto en principio oscuro, con un extraño organismo cuádruple, estructurado, formal; aparente. No se sabe si las armas de fuego fueron la luz. Si ésta fue encendida por el tiempo; si la noche fue preparada, como se preparan las fiestas, y si la fiesta estaba prevista en la decoración misma de la habitación, inexistente, como había sido inexistente la decisión del Rolo de reunirse esa noche antes de percatarse de que estaban reunidos allí. Por qué, en el fondo. Y si las armas de fuego son la luz. Si ésta fue encendida por Berta, o Lucio, que no piensan en el cruce nutrido de palabras y que el contacto directo con la luz puede ser el origen de todas las cosas. Y si la muerte es un fin necesario en la plenitud indescriptible de la noche. Piedra se rió, repitiendo súbitamente juego, su aparición fue roída inmediatamente por el ruido por la alegría y por la voz del Rolo.

que se apropiaba de la noche durante un brevísimo y fulgurante silencio de Berta evitando la mirada de su hombre. El suelo, abajo de la mesa, quedó curiosamente inestable bajo los pies del Rolo que los creyó por un momento muy alejados de los otros, los sacudió bruscamente aventándolos hacia adelante y colocándolos cruzados entre las piernas de Berta antes de recogerlos y abrir los muslos golpeando involuntariamente una pata de la mesa y la rodilla de piedra. Berta parecía la más entusiasta. Cuello amplio, personalidad abierta, una hierba en el nacimiento efectivo de un sostén negro cobró vida en ese instante, para el Rolo, un joven en la noche apresándose a ser él mismo estirando sus pies bajo una mesa, hablando. Mujer posesiva. El arrastre de los pies del Rolo no se escuchó. La voz del Rolo cobró amplitud en la cabeza de Lucio, un cándido que lanzó, una vez más, allá en la sensualidad del Rolo cuando éste aventó la noche es nuestra sobre la mesa, su propio vuelo. La mesa era chica. Los ojos del Rolo mirando rápidamente un color con una atención disuelta en el acto, hecha trizas, se fijaron simultáneamente en una esquina rota de la mesa, en la suciedad del vaso, en Lucio y en las uñas comidas de Lucio cuando Piedra habló de juego: el Rolo no había visto ni siquiera una reminiscencia de pecho, ni siquiera un color, sino un vago recuerdo de mar. La noche es nuestra fue cubierta parcialmente por la carcajada de Piedra, que Bertha recibió con placer. Toda su cara se irguió y se dirigió hacia Piedra, pareciendo salirse cual una llamarada que descendió luego a su base, descansando en su misma inercia. Lucio se comía las uñas, dedos oscurecidos en algún lugar, manos permanecidas raramente en su sitio, nerviosas, salvo en la boca, que comía las uñas sin impaciencia, como el tiempo podría comer la luz. En esa calma Lucio sonreía, además. Su tranquilidad fue extraña en la espesura flotante dejada por la intensidad de la bombilla y el humo de cigarrillos, intensidad en la cual una mesa de juego y jugadores brillaban, inmóviles, descansando en el aura. La inmovilidad de Lucio reapareció en su sonrisa, afeada por un humo blanquecino acumulado entre sus labios, que Lucio botó enseguida como bien hubiera podido tragarlo, ardiendo en el placer de expulsar de la boca alguna sustancia densa, destinada a un lugar bien determinado: a pocos centímetros de él, allí mismo, mezclada con la atmósfera de ellos

cuatro, amalgamada, y debilitando con esa pasta la insistencia de la luz. El reflejo de tragar le vino en el momento de expulsar el humo, las uñas comidas de su mano derecha mantuvieron el pucho del cigarrillo en el borde grasiento de la mesa cuando el Rolo las vio y retiró un pie del suelo al sentir la impresión de un piso sin fondo al creer que Berta, mirándolo fijamente y sin ganas, quiso hablarle; pero se dirigía a Piedra. Las voces se cruzaron en ese espacio reducido cubierto por un circuito de palabras retenidas probablemente en la materia del humo o en alguna humareda diferente, esparcidas luego, recuperadas por el recuerdo de la noche en la que Berta se había instalado de antemano. Desde un día anterior: previendo un alrededor a la noche: desde el cuerpo, o desde los ojos de Piedra. El Rolo había aventado sus piernas hacia adelante retirándolas en un intervalo mínimo, en el que alguna sensación, algún recuerdo, indescifrable, o alguna irrupción provocó el espasmo muscular que terminó por tocar la rodilla de Piedra. Ninguno de los dos reaccionó al contacto, que se produjo invisible, sin origen preciso, y sin finalidad. Las palabras eran sobre todo las mismas, sólo distintas a la letanía por lo que no tenían de canallería vaga, y de entonación. Perfecto Y entonces Espera Hermano Velocidad Joder Rolo Hombre Fíjate Vuelo Algo como Foto Hombre Algo Sensación de Agarra Te acuerdas Berta Peso Fíjate bien Sigue Hombre Cuánto crees Instantáneo Agarra Dame Repetición Hasta cuándo Perfil Cómo sabes Rolo Flecha Ahora Orgasmo Hermano Joder Sigue Ganas ¿Sabes? Espera Ojalá Dame Espera Perfecto Rolo Gatillo Velocidad

Aplastados por la luz. U otra cosa. Santificados en la comunidad de una aureola en la noche, de lo propio, de lo entrañable. El sudor de Piedra era personal. Bajo la ropa. En las axilas; en las manos. No se veía. Berta recibió el arma húmeda, la mano pasó a formar parte de los ojos del Rolo: Lucio cerraba los suyos irritados por el cigarrillo, Berta pasó el revólver al Rolo que vio las uñas de Lucio tomarlo y pasarle un revólver a Berta, que no lo hizo jugar. El sudor de Piedra se había quedado en el placer de uno o dos

dedos de la mujer, antes de que la mano de Berta se apercibiese del peso del arma. Frágil, al mismo tiempo, en una mano fuerte. Pobre cándido. Piedra estaba a su izquierda. Lucio se dirigió con el cuello al Rolo, Piedra con un manazo al Rolo. La violenta contracción muscular de las piernas del Rolo se hizo hacia arriba, cuando las recogió. Es decir: hacia el centro de gravedad de la mesa, hacia el estómago del Rolo; luego golpeó la pata y la rodilla de Piedra. La contracción ató Rolo a la mesa. Berta se le aparecía, y en el lugar de Berta el Rolo extraviaba una forma, caía en el vacío de un cuarto inexplicable que el hombre no captó, fuera de un vago recuerdo de mar, de una atribución oscura del sitio de Berta al suyo, adelante hubo un ruido de lluvia, nítido en el entrevero de la discusión, incomprensiblemente metido en el alma del humo y argentino, corto, fenomenal, cual si una intensidad inesperada de la luz en el centro del cuarto le hubiese permitido al ruido aquella claridad. Pero no había lluvia. (Los ojos de Lucio brillaban. Una armonía súbita, que surgió allí como originándose durante el único instante en que Piedra le dirigiría una mirada atenta acentuó la fealdad del muchacho, su ligera tartamudez, cabezón, un cándido, la cojudez de no ser un hombre verdaderamente, pensó Piedra, que escogió la voz que venía de Berta en el tráfago de dedos en el que Piedra no vería tampoco sus propias manos. Falta de tiempo. Falta de concentración. Ausencia probable de separación entre el tiempo y el espacio, entre el cuerpo de Piedra y la sucesión de las cosas. O creencia en la presunta existencia de la noche como punto de partida de una fiesta. La humedad del sudor pasando de la culata o del tambor de un revólver a uno o dos dedos de Berta se evaporaría, se traduciría en un sudor espeso repercutido sin materia en el vientre de la mujer, repercutido en el Rolo, intermediario del arma y de parte de su trayecto. Los ojos de Piedra se dirigían a Lucio, su eructo se disolvió en la humareda y en el contorno de los cuatro en un grupo mordido por la oscuridad, aun si cada cuerpo era evidente. Sereno el de Piedra; el de Lucio fácil, ligero, el revólver que éste le quitaba al Rolo recobró rápidamente su peso en la mano derecha de Berta que no lo sintió sino luego, cuando se lo pasó al Rolo, creyendo encontrar eso curioso pero la palabra ya estaba más allá de la periferia de la luz, víctima tal vez de la velocidad, de un desorden en la cantidad de palabras, de la pesadez

de su blusa, de la diferencia jodida del Rolo, de la creencia invisible de estar o de la rapidez con que le llegaban las miradas de Lucio, de la insistencia con la que el Rolo le devolvía el revólver obedeciendo al guiño de Piedra. Lucio se rió. Berta le sacudió los pelos al Rolo, lanzó una carcajada que resonó en el humo y que la aureola englutió, mate, Berta sólo la oyó. (Cómo determinar afirmativamente el deseo de un ser que *pasa*. Quién ve al primero. Quién a los otros tres. El golpe de las rodillas del Rolo cuando éste recogió sus piernas fue fuerte, sin embargo, y nadie tampoco pareció percatarse de ruidos extraños en la noche, fuera de una sensación de bienestar común, de línea, en algún lugar, que formaba parte de la noche, profundizada por una bombilla inmóvil, fértil sobre cuatro cabezas una de las cuales se alzó de repente y lanzó una risa al vacío, las rodillas del Rolo habían removido la mesa suficientemente como para esparcir cenizas que cayeron de un recipiente de hojalata: el remezón del sudor de Piedra en el vientre de Berta no hizo distinciones entre la humedad del revólver, que los dedos de Berta sintieron, los puchos que parecieron ser limpiados por un manotazo de Lucio y el peso del arma en la mano de la mujer, que ya no la tenía. El calor del revólver era más sensible en el cañón. Lucio tomó el ojo y lo introdujo en el ánima invirtiendo el arma para hacerlo rodar, sin resultado, apuntó hacia la mujer y apretó el gatillo. No rodaba bien. Su risa se confundió con la que Berta acababa de dejar, la mesa removida aun así no fue vista, ni oída. Y sin embargo la mesa se movió). (Cambiar de sitio en el acto. Salir de una ciudad por la autopista, voltear la cara hacia el lugar que se acaba de dejar y ya no saberse allá. Maravillosa sensación de desplazamiento, de velocidad. Certidumbre tan aguda como la de saber a alguien siempre en casa. Alguien incapaz de salir de su cuarto, o de su cama. Un inválido. Un íntimo a quien se ve siempre, a quien siempre se puede ver allí, en el mismo lugar. Y sólo la muerte, que lo sacaría del sitio, sería capaz de despojarme de la certidumbre de encontrarlo allí. Sensación indescriptible de pérdida en cualquier momento manejando un carro. De desaparición. Y en un segundo no estás. Piedra, sereno, exultaba).

*"Discutieron durante toda la noche sobre armas de fuego. Una pasión común. Manipularon calibres, sopesaron culatas, apuntaron hacia blancos imaginarios".*

El borde del sostén de Berta desapareció de la vista del Rolo. En el mismo instante el cuerpo de una mujer fue gigantesco y una voluta, el ruido lejano de una carcajada. Lucio se rió. Los cuatro se reían, Lucio al Rolo con la ansiedad del cándido. Mi hermano. Miró a Piedra, feliz. Berta cerró los labios en lo que fue un silencio repentino, casi subrepticio, el gesto que fue hacia los cabellos del Rolo abría toda su boca y la carcajada cubrió el cuarto, el Rolo no miraba un color, ni siquiera un vago recuerdo de mar: una sensación como de tiempo transcurrido, próxima también a alguna región, o a alguna temperatura. La sensación fue tirante como una herida, y se asoció a la mujer, que el Rolo, de pronto, no conoció. La angustia le atravesó el cráneo y regresó a un punto de partida ignoto, en el instante mismo en que el Rolo creyó en recuerdo de mar, en cosa vista, o en algún tiempo transcurrido. Berta, Piedra y Lucio lo acapararon. En el nudo el Rolo creyó sentir cercana la cantidad de su cuerpo, mas no distinguió sino el peso total de los tres. Fue una impresión que apenas ocupó sitio, en el espacio del cuarto y en la conciencia del Rolo, que se reía con Piedra respondiendo al manazo, abriendo toda su espalda al compañero, su mirada se dirigió al mismo tiempo a Lucio que brillaba, a Piedra aparentemente calmo en su sitio y al pecho de Berta, el área inalcanzable del sexo del Rolo no tuvo contratiempos cuando la humareda pareció de repente insistir en flotar. (Flotó en efecto —pareció suspenderse tomando como punto de apoyo el centro de la mesa, la aureola permanente, y tupida, de la luz, y manos ágiles y opacas en el interior indecible de una mesa de juego. El arma estaba siendo manipulada en una zona inferior, Bertha la rozaba diciéndole a Piedra el peso, diciéndole a Lucio el peso, cándido, la felicidad de Lucio era imparable. Adónde determinar afirmativamente el diámetro mental de una risa, la precedencia real de la noche, la espera de la palabra en la confusión inmóvil de la luz, en la canícula de un grupo completamente cerrado en sí mismo.



Quién ve primero qué. El ruido de lluvia no fue sonoro: el Rolo no lo escuchó neto, sólo había, algunos segundos más tarde, la percepción en el Rolo de lluvia por encima del grupo cuando movió las piernas brutalmente creyendo cerciorarse de que un río corría a raudales bajo sus pies. Los cabellos del Rolo deshechos luego de una sacudida. Una mano de mujer en la cabellera sucia de su hombre. Un espacio libre entre el Rolo y Berta: el humo, liberado de un objeto una vez la mano retirada, vuelta a su lugar. Una carcajada y la mirada veloz o ambigua del Rolo a Berta la mano de aquél liberándose a su vez de un arma, el peso de la grasa del revólver en las manos de una hembra arrecha). Piedra tranquilo. El ojo de Lucio en el cañón no había salido como él lo había previsto, o deseado. Berta en el fracaso del tiro ya no era Berta, que Lucio vio alzar vuelo volviendo a sentarse con la misma seriedad de hembra que conoce, quizás a causa justamente de esa carcajada, quién es quién en la mesa, quién es el Rolo, si es alguien, a quién se dirigen las miradas de Berta, quién es Lucio que falla, cándido. Cojudo. El hecho para el ojo de un cándido de no poder continuar su línea recta saliendo de un revólver dirigido hacia Berta; el hecho para un ojo, viejo, atorado en el alma de un revólver sacudido para que el ojo salga, y rueda; la desilusión del cándido delante de una rodada imprevista, de una rodada inexistente, incrustada en el embrollo imperceptible que fue su risa, y Berta levantándose, desaparecían en el humo de cigarrillos, en los granos de la cara del cándido, rascados continuamente por uñas mochas y en las palabras de Lucio, en las que sus gestos nerviosos en la mesa y en la fiebre de los otros fueron materialmente incapaces de diferenciarse del ahogo progresivo del aire, de la estrechez y de la densidad del cuarto, del peso cada vez más ligero del grupo, del entusiasmo del Rolo y de las ganas del cándido de hacer convenientemente la broma para acabarla como se debe o de volver a comenzar un juego de niños: las puertas que se cierran se abren siempre, un cholón no se rompe contra un muro, una hermana mayor es mejor. (En la avalancha del cándido no hay ritmo, la candidez se incorpora a la pesadez de la atmósfera como la felicidad a la sonrisa de felicidad de aquel que la muestra porque al lado hay hermanos que se encarnan en la situación como la regla en el juego, como la feria en el niño, como la avalancha en el plano inclinado, donde los elemen-

tos se hacen a una totalidad tan desmesurada que pasan por desarticulados, faltos de un centro exacto, conclusión sin premisa, o punto de partida sin término: el habla decide por el deseo de miembros, piernas recorren subterráneos interminables y el medio ambiente no tiene particularmente nada que hacer: el ojo de Lucio, ajado, también entra en un cañón. Su felicidad es imparable porque es imparable el estallido de una risa de felicidad. El ojo es el ojo: el peso físico del cándido sentado como jugador y por cuyas manos llagadas pasa regularmente un arma —bayoneta, revólver, sable, ametralladora, obús— pasa también por el cañón, atraviesa sin obstáculos el alma de un revólver. No hay ritmo. O sincopas). Hay una insistencia, al contrario, cual un sonido rectilíneo suspendido en las afueras que el oído cree captar, y que existe, que sobrepasa o simplemente oculta los ruidos existentes fuera del cuarto —de hecho ninguno de los cuatro toma conciencia de los ruidos provenientes de la calle como tampoco del fuerte olor a goma, a sudor, a tabaco negro y a una suerte de parafina vieja, a capas de grasa acumuladas en la superficie de los objetos, saliendo del hule agujereado de la mesa, impregnado en las paredes, y en el polvillo áspero, e inmemorial, de la luz. Una insistencia. No fue un vago recuerdo de mar. No una sensación, tampoco, de tiempo transcurrido, próximo a una estación, o a alguna temperatura. Fue un sitio. Cierta lugar. En la incertidumbre de la imagen en efecto, un lugar chasqueó, en el que el Rolo no vio ni la romanza de la noche, ni la epifanía de gestos, ni la resurrección de la carne, ni la consecuencia del placer, ni el colorido inferior del sol, menos aún la proliferación de sus propias órbitas, una herida que tiraba sin embargo desde la mañana pugnando por cerrarse. El eructo que apestó desde su boca envolvió probablemente lo que el Rolo no podía definir y que un ruido bastaba para cubrir: insistir en abrazar a la noche, aventar mentalmente todo el cuerpo hacia adelante, y despegar físicamente una mano; dirigirla hacia el vaso, agarrarlo, beber, abandonarlo, prestando simultáneamente una atención sostenida al tipo del calibre a través de las costras de las manos del cándido y no desear ver a Berta de frente, fue todo uno. El descalabro —invisible en los tics del Rolo— no se manifestó. El Rolo mismo seguía frenético y mantuvo en los segundos que

siguieron el mismo impulso que se fue hasta el extremo de la mesa, hasta los límites oscuros en los muros del cuarto hacia alguna de las figuras alegres que el Rolo se representó involuntariamente más allá en el ímpetu de un cuerpo deseoso, como de ganar sitio. Piedra sereno ojeaba el cuello de Berta, en el que una pita a guisa de collar ajustado redondeaba una forma en la boca de Piedra: el Joder salía, de Piedra al Rolo, una interrupción provino de Berta excitada buscando en el sitio que ocupaba el Rolo la eventualidad de verlo ocupado por otra cosa, por alguna fuerza, algún espectro. No Piedra necesariamente, el Rolo menos aún, no el Piedra, a pesar de aquel ojo en el deseo del hombre, sino esa explosión de un fuego artificial: las piernas abiertas y la estaca adentro para llevarla hacia la garganta o hacia el umbral de la boca ardiendo en una carcajada que se atropelló con la palabra, proferida, agarra joder. Hermano. La mujer no imaginó la revelación. La energía acumulada tornaba en ella a espesura abriéndose, se desnudaba, arrodillaba el cuerpo y exponía orificios con una torsión repetida de las caderas hacia adelante expulsando globos, líquidos, objetos diversos como se expulsa metralla cuando uno acumula cifras, cuando se habla o se piensa precipitadamente en tirarme a dos machos y escupir las pepas. Lucio prendido del Rolo. Sus hombros, y un tronco estropeado, sosteniendo una cabeza que no se encontraba allí, terminando alguna ascensión, sino para hacer brillar una mirada agazapada en el Rolo, presta a reafirmar cualquier cosa con los labios. (Piedra, entusiasta, tomó la silla por debajo de sus muslos, se alzó con ella para avanzarse unos centímetros hacia la mesa con esa señal que hace el cuerpo hacia adelante a fin de abarcar al mismo tiempo, en la perversidad violenta del entusiasmo, no solamente a los demás, y todo el espacio inmediato, sino también el precedente, como si Piedra hubiese preferido inconcientemente regresar al momento anterior para repetir el siguiente, o retornar al inicio de su posición para enseguida inaugurar. La noche, o el juego. Aventar el cuerpo mentalmente hacia allá, cual un contorno hinchándose; acariciar la cabellera del Rolo sacudiéndola, o darle a la espalda afectuosa del Rolo un manazo de amigo, en el que el Rolo no captó, ni pudo hacerlo, el carácter de gesto imprevisto; acumular a fuerza de

repetición y por inercia o avanzar simplemente y tal vez no hacia adelante, no era el juego. El brazo de Berta había avanzado, retirándose: el Rolo no pensó que el sonido lineal y sostenido enquistado en su oreja, aumentando sin modificar en lo más mínimo su intensidad, provenía de la calle). Tal vez lo que hubiera podido ser el origen del silencio. El Rolo quiso tener a Berta de costado. El sitio de Piedra, intercambiado con el de ella, aumentó el volumen de la mujer: por un instante, que se consumió en sí mismo, el Rolo creyó percatarse de una modificación, que tuvo lugar en efecto, aun si nublada en la conciencia del hombre. Una presencia más próxima. Una identificación menos insegura. Un cimiento más personal. Una promesa. Una sensación digital extrañamente consolidada, tensa como la serenidad del pie sobre una cuerda floja. La muerte, que no tiene vida, toma las formas vivísimas de lo que sucede alrededor de ella. Así el texto es libro. O la inapariencia del aire, que se muda en huella, y que un jugador sigue: Piedra no controlaba un deseo inmanente: no sólo cambiar de sitio en el acto sino con seguridad esparcirse, simplemente. Desaparecer de resultados de un gesto incontrolable conduciendo un automóvil a toda velocidad estrellándolo contra un árbol. Sobre todo: cómo. Adónde detener en la médula del gesto, en esa nebulosa, el impulso irresistible hacia afuera: la mano izquierda de Piedra se había llevado los dedos al sexo para acomodarlo en un pantalón demasiado ajustado, la velocidad, desmenuzándose en su propio concepto, no figuró por consiguiente enredada en las voces, o sólo figuró en vano, en la ceremonia íntima de Piedra —abajo de la mesa— entre las piernas la proyección de su miembro se estiraba hacia una instancia infinita, bajo continuo fuera de Piedra, tardío, ó ignorante de esa longitud, y de esa latencia: el arma recorría una trayectoria inverosímil de mano en mano enriquecida con una dirección, con una norma, con una novedad arremolinada en una mesa cóncava abrigando desde siempre esa misma levedad. Monta a Berta. Lanza a Berta. Agarra a Berta. Extirpa a Berta. Aprieta a Berta. Agarra a Berta. Besa a Berta. Chupa a Berta. Chupa a Berta. Chupa a Berta. Monta a Berta. Monta a Berta. Muerte a Berta.

*"Discutieron durante toda la noche sobre armas de fuego. Una pasión común. Manipularon calibres, sopesaron culatas, apuntaron hacia blancos imaginarios. Hasta el momento en que"*

Qué momento. Qué "momento". Como si hubiese existido un momento anterior. Como si hubiese habido un momento determinado en la noche. Como si hubiese existido un momento siguiente, la ruptura de un orden, o el paso escandaloso de un golpe de viento en una caja fuerte. Como si hubiese habido diferencia entre los cuatro. Como si la noche hubiese comenzado. Como si los elementos hechos a una totalidad, tan desmesurada que pasaban por tener un centro inexacto, hubiesen sido piezas, números, formas simples. Como si el centro inexacto no hubiese sido el instante, fallecido en sí mismo. Como si la fraternidad, a falta de amor, hubiese sido una concertación. Como si la fraternidad hubiese sido pensada. Como si la franja, impalpable, separando a los cuatro alrededor de una mesa en la noche, se hubiese puesto de acuerdo con la luz, con el atropello del habla, con el sueño del Rolo, con la decisión de Berta de agarrar el negro para el sostén, con la brutalidad, primaria, inapelable de Berta en escoger el negro o el rojo para el sostén, con el puño entre las piernas de un hombre, con la explosión imprevista de un sonido diferente en la indiferencia de la noche. Como si el momento hubiese sido lo que tiene nombre, momento, definición, como si el momento hubiese sido esa atmósfera bestial que perfecciona a los recién nacidos dándoles hálito que falta, el terminado que falta, el punto suspensivo que falta para que no mueran en la aparición ilusoria del aire. Como si la noche hubiese culminado. Como si alguna información, ulterior, hubiese sido necesaria. Como si la voz, que clama en el desierto, hubiese planeado, encima, área pura, zona intacta, afirmación clandestina, gesto de uno, sello. Contestación. Como si la noche hubiese tenido inicio o entonación el canto del mirlo: como si la comunidad de cuatro en la noche hubiese señalado dirección, mostrado reflejo, sombra, fuente. La historia parecía no tener cuentista. Los límites del cuarto, que no existían, ni en el cuarto, ni en la mesa ni en el confín de las yemas de los dedos de jugadores, se destacaron en la amalgama de un

sentimiento: en el conglomerado obtuso de una carcajada mutua, en el cemento de una ida, de una refracción, de una escenografía del origen y del fin de las cosas. (El momento no posee sacudidas. No tiene capacidad de poseer. No tiene capacidad. Los límites del tiempo pasan por la boca de jugadores como la música al adherirse a las ondas del aire, en el sitio mismo de la partícula del hombre. La muerte es esa placidez. El ruido de cartas barajadas y el silencio de un arma suspendida a centímetros de la mesa en el momento de pasar de mano en mano no rompe el ritmo de la noche: las cartas no han sido nunca barajadas, un revólver no pasará jamás de mano en mano: manos de jugadores no juegan, ojos de jugadores no dirigen miradas a jugadores: los poyos faltan. Berta pasa a través de Piedra, Lucio pasa a través del Rolo, mira repetidas veces el gatillo sin ver el revólver, mira el arma sin pensar necesariamente que sus uñas no entablan ninguna relación recóndita con ella, que la fealdad de sus manos no agarran nada. Que él sólo se llama Lucio. Y que se denomina. El momento del hombre circula en la medida en que la adherencia de la música es materia, sitio, música. Como si la esperanza, o la inminencia de un acontecimiento, hubiese sido lo próximo. Como si el tiempo hubiese sido la manutención. Como si, sentados en la superficie del orbe, jugadores, o jugadores, hubiesen emergido, con ínfulas, con ostentación, con tiempo en el acto mismo de aparecer, distribuyendo cartas de juego. Como si la distancia entre Lucio y el Rolo, su modelo; entre Piedra y la resaca de Berta, entre ésta y el revólver en las manos del cándido o del Rolo hubiese establecido parámetros, distancias. Igual que si la noche hubiese culminado como si la muerte hubiese sido un hombre).

*"Discutieron durante toda la noche sobre armas de fuego. Una pasión común. Manipularon calibres, sopesaron culatas, apuntaron sobre blancos imaginarios. Hasta el momento en que uno de ellos lanzó el desafío: "¿Y si jugáramos a la ruleta rusa?"*

Colándose por alguna ranura de la conciencia de Piedra, la vi-

sión que éste creyó tener de pronto del cuerno este del Africa, en la esquina inferior de la fotografía, pasó rasgando el grupo, quedándose no obstante el tiempo suficiente para que la impresión que lo mareó no fuera en su cuerpo sino un vahído. Un estar incalculable, e imperceptible. Piedra no había terminado de tomar contacto con el arma escuchando una estupidez proveniente del cándido y pescar en la mirada de Berta una ida y vuelta del Rolo a ella, una especie de apuro, una inclinación levisima de su cabeza sonriendo en plena claridad, la fotografía del planeta hacía coincidir la esquina inferior del libro con el vacío del océano donde el estómago de Piedra no encontró apoyo. Su ojo se sujetó instintivamente del libro, Piedra se repuso, el vértigo se retiró, se fue de las manos a la cara de Piedra que no se había movido, catástrofe que ninguno de los cuatro apercibió, en la superpotencia de la noche: el cándido se precipitó dirigiéndose a Berta pensando en el Rolo con la torpeza de quien hace caer un vaso, rozando los límites del conocimiento, no se dio cuenta de lo que sucedía entre la palabra y la boca, entre la torpeza y la torpeza; habló, solamente, escoriándose a sí mismo (la caída de un cuerpo en el vacío pasó atravesando el diámetro de la mesa adelante de Piedra como un simple espasmo velado. Nada fue mirado. No se vio nada. La risa estentórea de Piedra enterró en ella misma el origen de su risa; sus manos, que agarraban el turno del revólver, y sus labios que definieron momentáneamente el calibre, la culata y el alcance probable del arma ya estaban en las manos del cándido y en el rostro viejísimo y ávido de Berta, a quien el Rolo pidió cambiar de sitio. Piedra quedó al frente, Berta a la derecha, la línea inquebrantable de la noche: sólo el aire impidió allí que el simple hecho de Piedra en el vahído de su propio cuerpo, perdiendo piso, se materializara en un acto de reflexión, en una atmósfera conclusa. Y el peso del revólver ganaba peso en el aire, velocidad). Envergadura: perdía peso en tránsitos sucesivos, en la atmósfera de un cuarto sin nombre, ganando peso en el aire pretérito, circunstancial y sucedáneo de la noche. El Rolo no miraba un color, ni un tiempo transcurrido, o un lugar, sólo hacia un adelante agolpado en la mesa y de todos modos no más allá de los cuerpos de sus amigos cual una barrera impenetrable, y sin forma. El sitio del Rolo chocaba con uno ocu-

pado, como si la infancia del Rolo hubiera sido inopinadamente un lugar verdaderamente acabado. (Lucio también podía fijarse en el pecho regularmente entreabierto de Berta pero el cholón recorría contento los flancos de una hembra hasta los pies del cándido desapareciendo en el eructo del Rolo, celebración instantánea, como la carcajada espontánea del grupo, el piso debajo de los pies del Rolo se desfondó: las sacudidas del sueño no se sienten, la muerte es la risa que no se presta, que no tiene lóbulo, o toma. La sacudida del cuerpo del Rolo, como las sacudidas del sueño, se quedó un instante en el lugar que el Rolo creyó ver en un sostén, en Berta, en una parte allí. Una casa. Y que el cándido se apresuró a ocupar). El eructo del Rolo llenó a Lucio de fiesta, en la dirección disponible de Lucio, que se puso a agarrar un ruido, una avalancha de amor: la palabra se le fue con la coherencia y en el fondo con la tranquilidad que adopta la mano que va a la boca en la náusea: la mano llega, el vómito ajusta los dedos en la mano, la mano pesa, y el cráneo no siente la porquería en el alma. El condicional de Lucio pareció entonces bebido, en el sentido de que un condicional no se dirige, en un recinto de jugadores, hacia afuera. La exclamación es sorbida como cuando la muerte reacciona ante la muerte. Va hacia adentro, se entornilla en sí misma, y en la paradoja de ser lo que ella propone, se convierte en la nada, en lo contrario de la afirmación, en la antípoda de un negativo, en el desenfreno del tiempo, en el múltiple de un laberinto. No acabar la pregunta, o hacerla al revés; lanzarla con la voz estentórea, entrecortada, o nula, o proponerla a un grupo ajeno, o propio, era lo mismo: Lucio exclamaba de lejos, sin tener la propiedad del tiempo y del espacio, y puso la bala donde puso el condicional. En ningún lugar.

*“Discutieron durante toda la noche sobre armas de fuego. Una pasión común. Manipularon calibres, sopesaron culatas, apuntaron sobre blancos imaginarios. Hasta el momento en que uno de ellos lanzó el desafío: “¿Y si jugáramos a la ruleta rusa?”. “De acuerdo. Yo comienzo”.*



Las cosas ocupan en el fondo el lugar que no se menciona. O el lugar que corresponde, allí donde entonces toda mención es inútil. El arma hacía círculos, y no es un rapaz. Hacía oblicuas. Radios. Lo único, en la luz y en la oscuridad de la noche, que no trazaba tangentes. La pregunta de Lucio se hacía de pronto del inconveniente de la lejanía del verbo, y de una lejanía. Algo tocó algo. El revólver estaba en el sitio del Rolo, un instante después de haber atravesado la distancia, mínima, entre Berta y él, Berta y Piedra, y aquella infinita, y brusca, entre la mano derecha de Berta y los dedos de su hombre, en el instante mismo en que el cándido descaba el revólver en su turno. La cantidad de casas que hay. La noche no apareció fantasma, imagen, o simple velocidad. La boca estaba suelta. Cada uno de los cuatro no estaba ni adelante ni atrás de la noche, en el supuesto de que el arma no ocupara otro sitio que no fuera el del cuerpo: cada uno de los cuatro, informe a causa de la suprema individualidad de los otros tres, parecía quedarse en su duración específica, y era así, en efecto, aun si nadie sabía si la noche aparecía o no fantasmática, o sólo imagen, o en el fondo sólo existencia. El grupo de jugadores incluidos en ella no establecía distancias con la noche, no establecía lugar, ni designios, ni se establecía, como cuando uno dice vamos a establecer aquí nuestras tiendas. La noche no existía. O sólo apareció o se efectuó como aquella partícula, ni siquiera realmente fluida, de lo que acaecía en lo absoluto improbable de la noche, donde nadie piensa en callarse, a fin de ver quién puede hacerlo. La mirada del cándido se dirigía feliz hacia Berta hinchada de flancos; el pensamiento del cándido sin poder desalojarse del Rolo; el deseo de Lucio hacia adentro, preguntado, apuntando hacia el cándido como una barrena, engrampada a su vez a un cholón, a un fioco, a un juego de niños, a una presencia testaruda: la pregunta salió como un atadizo de la palabra cuando el gesto simultáneo de Berta transformaba su turno en el sitio del Rolo, y éste el pecho de una mujer en un recuerdo incierto. No se sabía. Un amago de souvenir. Vivido, probablemente. El chasquido del lugar, insonoro, apareció, efectivamente, en un ámbito. En algún lugar; el Rolo ignoraba que lo que él creía ser un recuerdo era de todos modos invulnerable, en el sentido de cosa demasiado cerca, intocable, ausente.

("No tengo pierde", había dicho, cuando la posibilidad de tener acceso al sexo de Berta, intuición de un porvenir, se superpuso a la posibilidad de estar allí al día siguiente, futuro incierto en la medida en que el Rolo era incapaz de pensar que la posibilidad misma se reducía a ese lugar remoto, potente, minúsculo, y sin medida. No tengo pierde se puso encima de Berta. Se superpuso sobre todo a Piedra. Se superpuso al Rolo a guisa de refuerzo, y al cándido a guisa de dominio, se superpuso sobre todo a una inquietud insensible, irregular, completamente ignorada, reluciente: el Rolo, allí, continuaba, sin aparecerse a sí mismo en la regularidad de su sitio. Las sacudidas eran de sueño, y el ámbito completamente obturado del Rolo, totalmente desamparado en la noche, no fue el de la frondosidad expansiva del árbol. Fue la quietud. (O fue el de la energía perfectamente expansiva del árbol, lo contrario a la quietud, todo aquello en el desierto más confinado del Rolo, en la velocidad inhumana en que uno pronuncia palabras, en la que el hombre cumple, está. Acaso el revólver no estaba todavía en sus manos. No había llegado. Poco antes de que el habla del Rolo coincidiera con distancias incalculables, y con las distancias respectivas, Piedra y Berta hablaban al mismo tiempo, proponían lo mismo, el Rolo removía inconcientemente en el zapato los dedos del pie, no se sabe si el arma avanzaba o retrocedía, qué curso tomaba en el instante de coincidir, interrogación inútil, puesto que las coincidencias no existen. Las piernas espasmódicas del Rolo, aventadas hacia adelante, recogidas, desplegadas, chocando; su estabilidad misma, controlada por los sobresaltos del sueño, estaban hechas por sí mismas a la confluencia — la maravilla de cenizas que caen de un cenicero lleno porque la mesa se mueve a causa de una rodilla del Rolo que choca violentamente contra una de las patas porque el Rolo se retuerce sin notarlo, es una maravilla estéril. Inexistente. Era notable cómo el arma no iba ni hacia adelante ni hacia atrás, en un espacio sin referencias. Un área sin partida. Un dominio sin puntos. Igual que el retroceso y el avance del sexo cuando en el galope del sexo es el camino que avanza, bajo continuo entre las piernas de Piedra, algo así como la coincidencia del lugar con el lugar: un vacío conforme): no se sabe si el arma fue necesaria, azarosa, o reflejo. O ramificación. Origen. Eternidad.

Consecuencia. O si toda arma de fuego es la luz. Es la misma dificultad que existe en colocar el canto simultáneo de dos aves uno al lado del otro. La dificultad en saber en qué momento se termina la infancia: cómo pasa. Adonde pasa. Qué caminos toma para llegar, cuáles corta, qué senderos evita, cuáles no considera, u olvida, qué tránsito hasta la aparente nostalgia de la infancia. La dificultad en saber qué lado escogerá nuestro cuerpo —de qué lado el cuerpo que uno tiene adelante va a inclinar el suyo en la vereda. Entre el “de acuerdo” y “yo comienzo” había sitio para quién comienza. Lugar para todos, fosa común en la plenitud de una alegría universal. En ese silencio, que hizo de pronto un sobresalto, inmediatamente apaciguado por la voz entusiasta del Rolo, y en aquel que siguió luego, pesado, pero nada agobiante, como aconteceres que pasan, el revólver tomó para el Rolo una forma totalmente incomprensible jamás vista. Fue en efecto la primera vez, luz hecha en la indescriptible creencia de la vivencia de una luz. El tono de Piedra pareció distinto. El Rolo lo captó distinto: quizá la ausencia inexplicable del peso de Lucio en el ámbito del Rolo, a causa, sin duda, de un flanco deshecho; el Rolo retorció los dedos de los pies como si aquellos hubiesen deseado salirse de sus plantas. Inquietos de pertenecer, cual si los pies hubiesen deseado salirse de un suelo demasiado quieto. Lucio agitaba los brazos, el Rolo retorció un universo desconocido en la mesa, el cuello magnífico, y una u otra de las sugerencias del pecho de Bertha seguían brillando en algún resplandor de la noche, o en esa espesa magnificencia de la luz, todo su cuerpo abierto expuesto al menor movimiento exterior: Piedra acucioso, el cándido cayéndole continuamente por atrás, el Rolo encima. Dos o tres puntos en la superficie giratoria de un trompo: la angustia del Rolo, mucho menos visible que cualquier interrogación en la frente, que cualquier inquietud, fue una oración. De acuerdo, dijo. El “yo comienzo” que en principio no tenía con el vocablo precedente ninguna articulación, siguió como la inercia, como la onda en el agua, como la verdad que miente, como la nube que cubre siempre mínimo el número dos, dos lugares, dos cosas, dos escondrijos, dos —intermi-

nables — objetos.

*“Discutieron durante toda la noche sobre armas de fuego. Una pasión común. Manipularon calibres, sopesaron culatas, apuntaron hacia blancos imaginarios. Hasta el momento en que uno de ellos lanzó el desafío: “¿Y si jugáramos a la ruleta rusa?”. “De acuerdo. Yo comienzo”. Dicho y hecho”.*

La muerte no es como la estupidez, o como la creación, una cualidad —la cualidad no es como la muerte una calidad indecible de emplazamiento, el cual es reversible. La muerte no se sitúa nunca. Antes, en el sitio de antes, la vida adquiere rápidamente, en el acto mismo en que el sexo pincha la inercia misma del sexo, esa unicidad inequívoca, augusta, y una, de la nube que cubre —al mismo tiempo y en el mismísimo lugar, multiplicado y diverso— todo un continente. Hecho y dicho. El alma es la sonrisa de la muerte. Puede ser una trenza. Los dedos de Berta en el arma son el sudor en principio incolocable de Piedra. El miembro de Piedra es la existencia completamente aleatoria de un cuarto en que se juega, de una casa, de una habitación privada, del foco de una luz. El miembro de Piedra la inexistencia fundamental de una muralla entre las piernas. La posibilidad, o acaso una negligencia, la suya, o la de Berta, o la de un muro blanco entre las piernas. Una sombra. El rayo. El salto imprevisto de un gato hacia el movimiento infinito de un felino en su propio haz. La anterioridad. Una trenza en el lugar de los cabellos. Un antro, que es, siempre, la prioridad del lugar como el alambrado la preeminencia del mártir, la inutilidad la preferencia del nombre, la ferocidad el promontorio del amor, la sombra la luz del alba, el silencio la perennidad de la voz. Un número dos, en suma. El Rolo no supo que en su deseo de muerte había un color, un cigarrillo. Una tonada. O un sitio ocupado. Eso impalpable que hace que una ciudad no es la misma, que un libro releído no es ese, que el gato reconoce el cuerpo del extranjero y elige su sitio, erige su voluntad de cuerpo en cuerpo, y transforma al extranjero en símil del felino. El amor pegándose a su costra. La muerte apretándose a la muerte. (¿Puedes.

reteniendo tu respiración abrazar lo uno en una unión indisoluble? preguntaba ya el doble del hombre: ¿quién es capaz de pasar de lo mezclado a lo claro, sin moverse; quién, de lo inerte a lo animado, moviéndose?). Penalidades foráneas. Nada más que penalidades foráneas. La imposibilidad no sólo de ser, sino la de no poder confundir la anterioridad con lo que no es en el fondo sino su anverso. Hecho, y dicho. La imposibilidad no sólo de ser sino de atribuirle obstáculo a la muerte: la muerte no desea: el sexo de Piedra. acrecentado por la súbita aparición de una imagen, reforzado por esa alegría indisoluble de la velocidad, ocupaba en Piedra la totalidad del cuarto, se adelantaba a Piedra, no tocaba a nadie, pasó de lo mezclado a lo claro sin moverse, confundió la anterioridad con lo subsiguiente, el sitio con la ubicuidad, la palabra nueva con un deseo anticuado. El Rolo habló.

*"Discutieron durante toda la noche sobre armas de fuego. Una pasión común. Manipularon calibres, sopesaron culatas, apuntaron sobre blancos imaginarios. Hasta el momento en que uno de ellos lanzó el desafío: "¿Y si jugáramos a la ruleta rusa?". "De acuerdo. Yo comienzo". Dicho y hecho. Justo el tiempo necesario para introducir una bala en el tambor, una solamente, hacerlo girar de una palmada".*

(La velocidad secciona. Después de ella, queda el silencio, la sonoridad immaculada del espacio. Entre los dos, cual una espesura técnica, la imposibilidad de la resistencia: la infancia encaja en el proyecto como el recuerdo en la muerte, y en el único intersticio posible, arrinconado en la tierra, en una mesa, hinchado de manos, el tiempo se cuaja en el volumen insignificante del tiempo — No una línea en el aire. No un sonido rectilíneo suspendido en las afueras y que el oído cree captar, y que existe, que sobrepasa, o simplemente oculta los ruidos existentes fuera del cuarto. sino la inexistencia misma de un tiempo propio —o determinado, en el tiempo) el Rolo ya había introducido la bala en el tambor, y éste daba vueltas fuera del tiempo aquél, con la mirada del

Rolo en la nada. Berta, el cándido y Piedra miraban en la mano derecha del Rolo la bala expulsada del cañón (ninguno miraba al otro). Las fiestas se encienden, como la luz y el tiempo de la luz es el aire. Ni siquiera la necesidad. La infancia encaja en la muerte como el proyecto en la memoria; Berta no decía nada). Un calor en sus pechos se arremolinó, sin encontrar sitio. El cándido dijo: Rolo. El calor se arrellanó, finalmente, en el pecho de la mujer. Piedra hacía el movimiento que faltaba. La bala entró por el ano hasta su cerebro en línea recta empapada con esa mierda fragante de la explosión que extiende los brazos, que ama. La bala erguida en el miembro acació justo en un doble ritmo, logrado en esa simultaneidad ineludible, y obtusa: la del polvillo de la bala diseminándose a la salida del cañón, al tiempo exacto del Rolo deslizar el proyectil en el arma. No se sabe si la sonrisa de Piedra, al lado de la mirada como embriagada del Rolo, se enfrentó con algo. Con los pechos de Berta, con los ojos del Rolo, o con un movimiento histérico del cándido que no fue percibido ni por el propio Lucio, abstraído en la mirada aniquilada de una efigie. O con la velocidad. El cuerpo se va, puesto que la satisfacción, como la muerte, no tiene medidas. El cuerpo sale. El tiempo no derrapa, así como uno no puede decir que la muerte se sale de la pista, pero el tiempo en la justeza que le es propia no tiene precisamente el tiempo necesario para ajustarse a nada, y la sonrisa tensa de satisfacción de Piedra, desmesurada, se muerde la cola, salta en su sitio, se revela como la luz, se dispersa en el lugar mismo de Piedra y se queda sin objeto en el tiempo, sin moverse. Una bala bastaba, en efecto. Metiéndola el Rolo fue esa cifra. Particular, necesaria, probablemente justa, y solitaria: mas su fragilidad no era tal (no se sabe si su calidad de única, o si la eventualidad de estar contigua a otra otorgaba a un miembro del cuerpo del Rolo una fuerza singular. No se sabe si las yemas, o la palma de la mano del Rolo tuvieron en algún momento esa potencia singular. *Una* bala no fue un desafío al azar, no fue ni siquiera una alerta al sitio, la soledad del proyectil era exactamente la oportunidad en la que, en el fondo y en la superficie del aire, desaparecen el espacio y el tiempo, la potencia de una palmada y el deseo de un cándido, el peso de un arma y la inexistencia fundamental de un grupo alrededor, o el si-

lencio y la bulla. La soledad del proyectil fue la seguridad, o la pretensión del Rolo de encontrarse no solamente aislado súbitamente en la claridad de un escondrijo sino la certidumbre de estar *cerca*. Una colisión sin ruido. Sin embargo el Rolo no pensaba ni en el advenimiento ni en el desarrollo de una impresión. Ni que la fragilidad de una bala solitaria no lo aislaba del grupo; al contrario. Este fue allí esa unidad rara en la que las miradas aparentemente diversas convergen todas hacia el mismo punto y se concentran en un mismo blanco, que revierte siempre a la propia mirada; en el casi silencio que precedió al que se instaló de pronto en el cuarto, una carcajada de Piedra y la gana transparente del cándido chocaron en el volumen, siempre inminente, de Berta (el ritmo entre las piernas de Piedra hacía lo que la boca cuando tararea sola; el cándido hacía rodar un cholón. En el precipicio de Berta, desbarrancado en sus flancos, el ojo de Lucio miraba al cándido y descendía hasta que ya no hubo ruido, estuvo allí un tiempo inmemorial, desencadenado, durante el cual el silencio que el cándido creyó escuchar, cuando éste se produjo, no fue de ninguna manera el repentino silencio del cuarto).

*“Discutieron durante toda la noche sobre armas de fuego. Una pasión común. Manipularon calibres, sopesaron culatas, apuntaron sobre blancos imaginarios. Hasta el momento en que uno de ellos lanzó el desafío: “¿Y si jugáramos a la ruleta rusa?”. “De acuerdo. Yo comienzo”. Dicho y hecho. Justo el tiempo necesario para introducir una bala en el tambor, una solamente, hacerlo girar de una palmada y escucharlo dar vueltas en el silencio”.*

Berta probablemente no tenía dimensión. Quiero decir límites. La noche no era ese espacio unívoco, situado adónde, correctamente dividido en cuatro, en una mesa y en un espacio alrededor. Una sola luz ilumina a cuatro individuos. Una sola luz no ilumina a cada individuo con la misma intensidad, ninguno de los cuatro de otro lado piensa en la proximidad extraña de la luz, que hace visibles infinitas distancias en la noche. El cándido mira al

Rolo, Berta ha mirado repetidas veces al Rolo y a Piedra; el Rolo, ligeramente desmembrado, estirado hasta contornear varias veces el círculo de amigos y regresar a su punto de partida, está sentado en un sitio cierto, pero débil. El ruido llega como de pecho a mar, de Berta al Rolo, en la nitidez del contorno de Piedra, en el agua que sale de una de las llagas del cándido, en el vago recuerdo de claridad recibido más allá de la idea de ser el alma de un grupo, el centro de la noche, en el que un tambor de revólver da vueltas durante un tiempo imparable. Cuántos golpes del índice, o de la palma de una mano del Rolo incapaz de cambiar de mano para hacer, por ejemplo girar el tambor de un revólver cargado. Es el brazo derecho del Rolo que actúa. Zurdo, probablemente ese coadyutor extraño que es la sombra se hubiese preguntado cuántos golpes son necesarios para detener el tambor en la nada. Uno, tal vez. Y una sola bala justamente, dada. Nada de lo que coincide es conciente. La epifanía del hombre en el mundo es algo más simple que la llegada de la fiera a su presa, que esa indiferencia sutil entre la satisfacción y el deseo. Es sólo que el habla del Rolo choca también con su sitio. El silencio que se hizo, en el instante en que el deseo corría por un costado junto a un hombre con el habla a cuestas, deslizó el silencio hacia la derecha, o hacia la izquierda, lo ubicó en el alma que quedaba sin el menor temblor, sin ningún ánimo, sin nombre: Berta se fijaba en la boca de Piedra sintiendo el poyo de Piedra en el lugar del Rolo; la satisfacción del deseo de un muerto próximo poniéndose a recorrer la misma distancia que atraviesa el deterioro de una roca, y que no se sitúa, ni en su propia substancia, ni en el tiempo.

Qué silencio. Qué circuito entre los cuatro, puesto que manipular un arma exige memoria. El futuro no existe. El silencio es verdaderamente la aparición repentina de un ciervo en la floresta. Su paso no existe: el ciervo aparece, su aparición obstruye la realidad, atora el entorno, y el solo avance del animal en su dominio detiene categorías, figuras, alegorías, registros; y el silencio se instaura en una conjunción dolorosa del silencio y la muerte en la que el hombre puede entonces proferir un nombre, un sueño. Ber-



ta retiró la mirada. El ruido no fue ensordecedor. La mirada de Berta retirada repentinamente del Rolo, acarreado el tumulto de una vejez —cansancio, reparación, perennidad de un cuerpo dirigido hacia tierra — regresó sin pena del Rolo hacia Berta. Berta se puso la pita de un collar. Berta se miró en el espejo. Berta no tuvo tiempo de pensar en Berta, se miró en el espejo, cambió de lugar. Se puso de perfil. Berta movió las caderas fuera de Berta. Berta no preguntó. Berta movió las caderas, expulsó metralla, fulguración, respuestas. Berta se arregló. Berta se dibujó el contorno de Berta. Berta prendió la luz. Berta apareció en la luz de la noche como Berta, Berta no miró a Piedra en los ojos, Piedra no miraba, la vida no existía frente a un espejo. Berta se reveló como un contorno en la noche, que el Rolo vio. Piedra y el cándido la miraban: Berta alcanzó el peldaño superior. Berta acudió al rescate de un sitio, recurrió al flechaje de una trinidad, al inventario rápido, alrededor de una mesa de juego, de un cándido de mierda, de dos polvos posibles y de alguien, al lado de Berta, que se confunde demasiado con la noche, que desaparece, que falta. Berta pudo gritar. Berta prendió la luz.

El silencio de la muerte no es insoportable. En él, sin equívoco alguno, sin diferencia, la luz encendida de un cuarto no toca nada. Sólo hizo visibles distancias infinitas en la noche, como el cataclismo que ella deja —una impresión de nacimiento, o de muerte— cuando llega. Un silencio. Un animal degollado que no emite ninguna queja cuando el cuchillo, en el inicio, al primer contacto de la bestia y del arma, corta ya y abre: el grito viene después, luego de que esa misma caverna en la que ya puede entrar la mano de un hombre, y que no vibraba todavía en el inicio, aúlla. Lo maravilloso del silencio es la zona intermedia entre la vida y la muerte. El recorrido aquel, donde ya hay una llaga, que la conciencia de un animal acuchillado en el cuello no recorre. La zona vital inexistente. No es el silencio entonces ni el alarido de dolor que remueven en el fondo o en la superficie de la tierra, en el cuello de un animal, en la sien de una bestia, los cimientos del mundo. Es el medio del mundo, el vano en el que el hombre no sabe que el intersticio es un mundo, un medio. El silencio brutal no pareció

provenir de la primera vuelta del tambor, aun si cualquiera hubiera podido asegurarlo. Tampoco de una intensidad adquirida bruscamente por el tambor. Ni de aquel lugar que hubiera sido el más indicado sin embargo, el inicio de la vuelta del tambor; como si algún silencio hubiese sido ya impuesto. Nadie lo escuchó: el silencio es siempre una imagen. O se encuentra arrinconado, u oblicuo, enmascarado, tomando la intensidad ficticia del silencio. Nunca antes Piedra —él no lo supo— se escuchó tanto. Jamás, Berta, dependiendo de una deflagración continuamente allí y de otra explosión de su vientre, agarró a un hombre como en el instante en que la mano derecha del Rolo hizo girar de un golpe el tambor hinchado de un mundo, de una mano. Jamás el cándido rió tanto. Jamás antes, frente al blanco puro representado por un hombre en trance de poner su vida delante fue esa explosión del rostro exhibicionista de Berta taladrando el aire. Berta lo retiró con un gesto. Retiró la mirada. La exhibición era aquella, justamente, del silencio inaugurando poses, elementos disímiles, fragmentos del cuerpo del mundo, en la que un hombre podía definir un sueño, un nombre. Inclusive, tal vez, el Rolo escuchó ese rumor, aun si el hecho de percibirlo no era sino solamente creer en algo de pronto; tener esa sensación imperecedera de que algo falta, de que se comienza a vivir, y de que es el silencio que retribuye una deuda; como si Lucio, Piedra, Berta allí, al lado de él, allí mismo, un lado irremediable, se hubieran debido. No había tiempo. Quizás en el silencio el Rolo pensó en pasar por detrás, aprovechar de un absoluto o de un silencio y de la total presencia de cada uno, cada cual súbitamente compacto, tupido, solo, y de quien no se sabía nada, para saber si alguien allí sabía lo del otro.

*“Discutieron durante toda la noche sobre armas de fuego. Una pasión común. Manipularon calibres, sopesaron culatas, apuntaron sobre blancos imaginarios. Hasta el momento en que uno de ellos lanzó el desafío: “¿Y si jugáramos a la ruleta rusa?”. “De acuerdo. Yo comienzo”. Dicho y hecho. Justo el tiempo necesario para introducir una bala en el tambor, una solamente, hacerlo girar de una palmada y escucharlo dar vueltas en el silencio, como se observa el girar de una ruleta en una feria”.*

Hubo de repente algo espectacular. Cercano a esa providencia, o a esa casi imposibilidad que es el roce continuo, regular, del más fino encaje de la tierra con la montaña más dura de la tierra y que provocará en ésta, año tras año, algún día, su desaparición: el Rolo deseó estar allí. Un desliz del Rolo infinito, sumido en la mirada ensimismada infinita de un niño. (Pasar por detrás ya había sido dar vueltas, lograr que el cuerpo se aferrara in situ a un deseo inerte pero que corría alrededor de una mesa disponiendo lugares a fin de demorarse, o de demostrar la existencia sin fallas de una providencia, o de una mesa de juego. El resultado en ambos casos es igual; el resultado es el mismo. El desliz del Rolo, fulgurante, detenido en el acto, como todo desliz que opera con sobresaltos ínfimos, e invisibles al ojo, ya no era). Y acababa de ser un desplazamiento casi primigenio, el comienzo, o el deseo del comienzo de una rotación. En el fondo, realmente, un inicio. El Rolo comenzaba a vivir. (El ímpetu del Rolo fue impresionante en el silencio, un Rolo arrastrado mortalmente hacia el silencio irresistible de la noche. Casi hubiera podido decirse del silencio: oscuridad. Nitidez incomparable de la noche. El mismo perfecto equilibrio del ojo ensimismado del niño que mira girar una ruleta fijándola, deteniéndola en un punto a sabiendas de que en ella todos los lugares pasan; algo así como desear quedarse yéndose). Piedra quieto. En el girar estático de la ruleta la quietud de Piedra era un espejismo, la solidez de sus contornos un vaho, una serie de brutalidades del cándido una lejanía. Berta pareció moverse — (En el dominio del silencio se sabe que la noche resuelve los contrarios, como la nieve, cuando invita a las formas a la muerte. Muy posiblemente es así. Más que la totalidad de sus vueltas, o que aquella impresión de unidad que uno experimenta, de proyección hacia la periferia, fue la velocidad inalterable de la ruleta que sujetó a Piedra en la risa del cándido, y en la vertiente del cuerpo de Berta, ligeramente inclinada hacia él. Todo ruido exterior adentro. Sin registro exterior: de pronto el silencio sale de cuatro individuos y aparece en el espacio entre uno y otro., cual sacado del bolsillo, llevado adentro. El silencio se pone; la postura del hombre se ciñe y los cuerpos se apaciguan en los intervalos, donde el silencio se impone borrando los registros del hombre. (No se escuchó na-

da. Hubo la ausencia de vertiente, la ausencia de risa, la inmovilidad de una rotación — la alucinación, ordenadora, de esa mirada en un punto inexistente en la noche. El silencio es esa forma. No la del barullo de la avalancha. Es la del tumulto subterráneo, informe y casi siempre tierno, sobresalto imperceptible e inofensivo del desliz, que es la gana de vivir. La cosa pasa desapercibida, y no se oye). Sensación de molestia, de arruga. De desorientación. Por ejemplo: deseo del Rolo de comenzar, dirigiéndose al que está cerca, y que se está retirando, por su lado, o que se está adelantando hacia el Rolo, atravesándolo de parte a parte sin tocarlo: el privilegio que tiene el silencio de suprimir la particularidad creando al mismo tiempo la idea del individuo es inconmensurable. La sonrisa que afloró en el Rolo fue la del desliz: una incapacidad. Un afloro. Un orgasmo en el labio, que no resiste a la realidad de una rotación y de una velocidad que ocupan todo, y que olvida que un miembro tiene en el fondo un muestrario impresionante de gestos. Berta enñocada. Berta acomodándose. Berta pasando por encima de la cabeza de Piedra. Berta ajustándose. Berta lamida. Atorada en el falo de Piedra agarrada a un muro, expulsando globos por la boca y el cándido de casualidad el pie y la cara embocados en un simil de la mujer, y en el recuento de un cadáver. (El Rolo comenzaba a vivir. Para un oído en realidad atento, la feria no oculta ruidos: para una mirada aguda ni la contemplación de una máscara, de un kiosco de golosinas, de un órgano de Barbaria, de una casa, ni la escucha de un tumulto terco en la noche, ni la mirada se pierden. Pero el ojo fija el único blanco posible, que es el único que existe en la pesadumbre con que se presentan las cosas en una noche de juerga). La angustia del Rolo fue sólo la boca entreabierta de un niño; inclusive, en el descalabro de la noche, confundido para siempre con el cuerpo copado del Rolo, lo que podía creerse ser angustia a través de la intrusión de un cuerpo, fue la testarudez de ese niño centrípeto, el desliz de un grito en la muchedumbre.

*"Discutieron durante toda la noche sobre armas de fuego. Una pasión común. Manipularon calibres, sopesaron culatas,*

*apuntaron hacia blancos imaginarios. Hasta el momento en que uno de ellos lanzó el desafío: "¿Y si jugáramos a la ruleta rusa?". "De acuerdo. Yo comienzo". Dicho y hecho. Justo el tiempo necesario para introducir una bala en el tambor, una solamente, hacerlo girar de una palmada y escucharlo dar vueltas en el silencio, como se observa el girar de una ruleta en una feria, y apoyar finalmente el cañón en la sien".*

De pronto el Rolo apuntaba hacia él mismo. De repente el Rolo estaba apretando el cañón contra la sien derecha; apuntaba el arma hacia el Rolo. El tiempo no había pasado —y nadie se preguntó si en el fondo había antes y después; la risa confundida en el silencio y la noche no se distinguía ni de ésta ni de aquél, perdida en el recuerdo de algo y en la turbulencia misma de la risa. El cuerpo del Rolo era idéntico, el pecho de Berta reflejaba únicamente modificaciones formales, el miembro de Piedra, sofocado por el jolgorio de una feria y por la idea del tiempo, equivalía a la melaza del cuerpo del cándido, abandonado sobre la mesa como un ente impropio. No había nada especial. El silencio: una posterioridad anterior, a su vez, a una vieja imagen: Berta, el cándido y Piedra miraban el revólver en la sien del Rolo. El cándido vio a Lucio tocando un gatillo caliente con un índice tan separado de su mano que él hubiera podido enseñarlo a todo el mundo, contento, perspícaz. La totalidad del cándido se apresuraba a recoger piezas sueltas, a ocultar una sensación demasiado fuerte de alabanza, de canto, a reemplazarla por un corte, que el silencio no pudo naturalmente exhibir, y que no podía encontrarse sino en un momento inaccesible, estupendo: uno u otro de los dedos del Rolo, algún atajo en la cara de Berta, alguna que otra conformidad. Así el cándido absorbía al Rolo hasta el fondo, con la facilidad indiscutible con la que la boca de Lucio retenía, luego expulsaba, lo involuntario del humo, estacionado, revuelto, atento al mundo, dispersado, con la preciosidad y la justeza del vuelo de un insecto. Y en el silencio no hubo nada. Imposible detener el punto en el desliz. Predecir, por ejemplo, un momento. No hubo nada. Un sexo podía ser de piedra. Un pecho augusto un aroma. Una mesa de juego una impresión. Una reunión una luz ávida, ilumina-

da, invisible. Un alarido un silencio estentóreo. Una mirada un retorno. Una boca abierta un orificio para humo, para un revólver, voz. Finalmente imposible. Qué momento. Como si hubiese existido un momento anterior, cual si la noche hubiese comenzado. El Rolo llevaba el arma a su sien derecha exactamente como si hubiera llevado un revólver a su sien inmediatamente antes de apretar el gatillo; y disparar: el Rolo creía que el gesto era un mundo bien determinado, un atentado del hombre, una diferencia —un orden, una jerarquía; un amor. Diferencia entre una impresión corporal y una estadia; entre una solidez y un antro, un arma y la mano, entre un nombre propio, Rolo, y un grupo; o alguna soledad particular. O diferencia entre un foco y la noche, entre el Rolo y el Rolo del cándido, al extremo de decretar que finalmente, en una mesa de juego, un gesto del Rolo es culminante. (En qué dimensión del humo de la boca de Lucio el Rolo encuentra el mínimo de identidad que le falta. En qué área del pecho de Berta el peso del gesto del Rolo pesa, inmune, sucio. En qué idea, o volumen de Piedra el Rolo acierta a oír, a ver —a comenzar un recorrido propio, ajeno. En qué momento final comenzar).

*“Discutieron durante toda la noche sobre armas de fuego. Una pasión común. Manipularon calibres, sopesaron culatas, apuntaron sobre blancos imaginarios. Hasta el momento en que uno de ellos lanzó el desafío: “¿Y si jugáramos a la ruleta rusa?”. “De acuerdo. Yo comienzo”. Dicho y hecho. Justo el tiempo necesario para introducir una bala en el tambor, una solamente, hacerlo girar de una palmada y escucharlo dar vueltas en el silencio, como se observa el girar de una ruleta en una feria, y apoyar finalmente el cañon en la sien; y disparar al azar”.*